

despunte un sentimiento ó hábito patrio, nacional. Ni uno; mientras que en los de Calderon vive, palpita y se mueve la España natural y verdadera de aquella época. Aquella plenitud de vida y el vigor intelectual que Calderon despliega en las escenas alegres de sus dramas, y la conmovedora delicadeza que llena las escenas serias y trágicas, nos seducen y nos llevan sin sentirlo á alturas sublimes donde nuestra imaginación queda cautiva de la inventiva audaz y de la deslumbradora descripción del autor. Calderon es el depósito y arsenal de tesoros, que los poetas de todos los tiempos y países han saqueado, para engalanar sus obras con retazos y jirones de las de este eminente poeta.

Agustin Moreto no llega ni con mucho á la altura de Calderon ni respecto de la profundidad del sentimiento, ni tocante á la fuerza imaginativa, ni en el lenguaje; pero le gana en naturalidad y en la pintura de los caracteres; y sino, véase su obra maestra: *El desden con el desden*.

Estos dos poetas no son mas que los corifeos del Parnaso español de aquella época; á estos genios de primer orden se agregaba una numerosa pléyade de talentos muy notables, porque jamás ha habido período alguno tan fecundo en producciones dramáticas, ni jamás ha habido público tan aficionado á estas representaciones como el período y el público de la España en el siglo xvii. Scarron y Tomás Corneille saquearon con inaudito descaro á uno de estos autores, Francisco de Rojas, como el hermano mayor de aquel Corneille habia saqueado á Guillen de Castro. A este período de gloria literaria siguió el reinado de Carlos II, bajo el cual decayó tan completamente la vitalidad del pueblo español, que hasta la musa dramática, bien que fecunda todavía, solo dió á luz abortos á contar desde el último decenio del citado siglo; mientras que la musa épica hacia ya tiempo que habia enmudecido con la desaparición de las cualidades heróicas del pueblo español, y la lírica se asfixió en la acicalada balumba de los gongoristas, discípulos de aquel Góngora que echó á perder su elevadísimo talento poético, imitando la escuela italiana amanerada. Góngora pertenece á la clase de los Pelisson y Scudery en Francia, y de los Hoffmann de Hoffmannswaldau de Alemania.

En las artes sucedió en España lo mismo que en la poesía; un ramo, la pintura, sobrevivió á la decadencia del genio nacional, como el drama en la poesía. Verdad es que murieron en los primeros años de la época de que se trata el severo Zurbaran, y el noble naturalista Diego de Velazquez; pero quedó Alonso Cano, maestro eminente en todo, arquitecto, escultor y pintor, y cuyas obras, sobre todo en el último concepto, se distinguen de las demás de sus compatriotas por un minucioso estudio de los modelos antiguos, por el empleo acertado de la anatomía, el espíritu plástico y el colorido delicadísimo. Cano fué el jefe de la escuela granadina. La de Sevilla tuvo por tal al mas eminente de los pintores españoles, á Bartolomé Estéban Murillo que vivió desde 1618 hasta 1682, y figura de consiguiente en su período de mayor actividad plenamente en la época de Luis XIV, valiendo sus cuadros mas que todos los de los pintores franceses juntos, de la corte del rey Sol. En las obras de su juventud siguió el estilo naturalista; pero era vigoroso, aunque poco variado; despues trató de suavizarlo, dándole mayor delicadeza, mas libertad y una gracia incomparable, sin por esto olvidarse de la naturaleza que comprendia hasta en sus secretos mas recónditos, y de la cual ningun artista puede alejarse impunemente. Nadie ha sabido presentar como él con tanta naturalidad, de un modo tan robusto, variado y sorprendente, la vida de su pueblo, del pueblo bajo y original español; y nadie, como él, ha sabido presentarnos el arrobamiento del corazón entregado á la divinidad; el deseo y

ardor insaciables é inextinguibles del genio humano cuando pugna por quebrar, traspasar y anular su envoltura terrestre. Ni aun las creaciones mas sublimes y encantadoras de los pintores italianos, pueden oscurecer las bellezas, el fuego misterioso y seductor de las miradas de las vírgenes de Murillo. ¿Existe por ventura en el mundo cosa mas bella y mas grandiosa que su «Concepcion» (en el Louvre) que reúne la mezcla de colores á la vez sencilla y armoniosísima, con la distribución mas admirable y vaporosa de luz y sombra y con la expresión de conformidad y deseo verdaderamente celestiales? Compárese con este lienzo su Moisés haciendo brotar agua de la peña, tan vigoroso, enérgico é imponente, ó su Santa Isabel de Portugal, amparo de pobres y desvalidos!

Muerto Murillo, no quedó mas que Claudio Coello, que murió en 1693, entre todos los muchos pintores, capaz de sostener la fama de la pintura española; y aun éste ya gastaba un estilo mas ecléctico que creador é independiente. Cuando hubo desaparecido tambien este astro, desapareció en el naufragio general del pueblo español lo que le habia quedado de grande y original en las artes, y el espíritu universal, capaz de todo, ágil de puño, buscador de efectos momentáneos, se apoderó de los artistas; espíritu sin verdadero fondo que procedente de Italia y de Francia dió la vuelta al mundo creando un período dilatadísimo de esterilidad y sequía mental en la pintura.

En Italia, país que habia servido de modelo y pauta en la poesía á la España y á la Francia, habia llegado este arte á la mas triste impotencia, despues que Tasso y los llamados petrarquistas le habian dado un nuevo vuelo. Encubrian los poetas la pobreza de fondo y de sentimiento poético con paradojas exageradas, discreteos pueriles y saltos acrobáticos de ideas á falta de vuelo. El fundador de este estilo, que llamaban florido y ultra poético, fué Juan Bautista Marini, natural de Nápoles, y que murió ya en 1625. El gusto corrompido reinante facilitó á esta pseudo-poesía una carrera triunfal por todos los países, produciendo en Francia la escuela que predominó en las obras líricas y épicas en tiempo de Mazarino hasta la aparición de Boileau, en España los gongoristas y en Alemania la llamada escuela segunda de Silesia. A mediados del siglo xvii habia conquistado el marinismo toda la Europa. Parece increíble que semejante antitesis del buen gusto pudiera haber llevado tan adelante sus conquistas; pero en ninguna parte dominó tan en absoluto y por tanto tiempo como en Italia, donde se apoderó hasta de la prosa, llegando un orador sagrado á decir en un sermón en que se proponia pintar la penitencia de Santa Magdalena desde el púlpito: «bañábase con soles y enjugábase con rios,» entendiendo por soles sus ojos, y por rios sus madejas de cabellos! Todos los poetas de aquel siglo siguieron las huellas de Marini, deslumbrados por su inmensa fama y por el incesante aplauso que recogia. Este estilo era tenido por lo mas discreto que podía producir un ingenio agudo, y por el fruto mas admirable del espíritu humano en general. Para aquella generación era sublime la exageración, grande la ampulosidad y galante la afectación. Las pasiones y las situaciones mas imponentes, graves, sublimes y nobles se desfiguraban hasta el sarcasmo con metáforas triviales y conceptos necios. Los adeptos mas serviles de esta imbecilidad floreciente y florida eran Claudio Achillini y Jerónimo Preti, ambos naturales de Bolonia.

Contra semejante desbarro y extravío del talento y del juicio fué una reacción saludable el amojamado clasicismo francés, y debe considerarse su adopción en los demás países en aquella época como un primer paso hácia la curación del desvarío. Mirado así, se preferiría siempre á Dryden en

cambio de los Karew y Lovelace; y entre los literatos alemanes preferiremos á Kanitz y Besser si hubiéramos de elegir entre estos y los Lohenstein y Hoffmann (de Hoffmannswaldau).

Distante está el gusto de la época de Luis XIV de corresponder al ideal de la poesía; pero por lo menos limpió el terreno expurgando en todas partes la mala y lozana yerba del marinismo. En Italia se detuvo en la perniciosa corriente solo Toscana, gracias al buen tacto innato de su población; Vicente de Filicaja, que vivió desde 1642 hasta 1707, era poeta verdadero, de imaginación tan feliz como fecunda, de sentimiento y delicadísimo tacto, capaz de elevarse á creaciones realmente grandiosas; y si no pudo evitar completamente el contagio de la falsa pero poderosa corriente, tomó de ella lo menos posible. Célebres son sus *Canciones* que escribió para celebrar la gloriosa salvación de la ciudad de Viena asediada por los turcos en el año 1683, poesías que le valieron las muestras mas lisonjeras del placer que habian causado al emperador Leopoldo I, al rey Juan Sobieski y á Carlos de Lorena. Entoncez era considerado y cultivado en toda Europa el idioma italiano como el de la poesía, del mismo modo que se cultivaba el francés como el idioma de la conversación y de la diplomacia.

En ningún período han sido fuertes los italianos en el drama; pero en aquella época de insulsez universal, degeneró hasta la comedia que tan bien corresponde al genio sutil y pronto de la población, reduciéndose á un tejido sin plan de bromas tontas é inverosímiles, cargadas en cambio de obscenidades y de lodo, como las groseras arlequinadas que se representaban coetáneamente en Alemania para recreo del populacho alto y bajo, y para excitar sus estúpidas risotadas. Además habiendo sido Italia la cuna de la *ópera*, es decir, del drama lírico y baile pantomímico, fué tambien en ella decreciendo hasta desaparecer la vigorosa inventiva anterior tanto en la parte literaria como en la música, y hubo que suplirla con la abundancia y pompa de los adornos. Donde mas brillantemente se representaban óperas era en las cortes de Módena y Mantua, pero del modo dicho, sin mérito interior, no sirviendo mas que para halagar los sentidos.

En medio de la decadencia literaria y artística la Italia de la época de Luis XIV, como despues la Inglaterra, se cubrió de gloria con sus trabajos científicos, y en especial los relativos á la exploración de la naturaleza, en cuyo ramo ocupó entonces indudablemente el primer lugar. Galileo y sus discípulos popularizaron extraordinariamente entre las clases instruidas del país, las ciencias y su estudio. Atendido el estado de instrucción de la época, fué un beneficio para Italia su división en muchos pequeños Estados con su multitud de príncipes y cortes, que impotentes para rivalizar con los Estados grandes en poder material, buscaron su gloria en una magnificencia realzada por los bellos é imperecederos floures de la inteligencia. En esto ninguna corte ni magnate igualaba á los Médicis de Florencia y en particular al gran duque Fernando II que gobernó hasta 1670. Bajo su inteligente reinado, florecieron como nunca las universidades de Pisa y Siena, y las academias florentinas. La célebre biblioteca laurentina y la galería de pinturas y esculturas de los Médicis fueron grandemente aumentadas. Los hombres científicos fueron recibidos y admitidos por aquel príncipe en su corte no solamente con mucha amabilidad sino con verdadero cariño. Nada mas conmovedor que ver á Fernando II y á su hermano el cardenal Leopoldo de Médicis sentados largas horas junto al lecho de Galileo, cuidándole ambos como hijos á un padre; porque aquel soberano trataba á los sabios y poetas, despojándose de toda pompa y exterioridad, como de igual á igual.

En el mismo siglo propagáronse en todos los países italianos con increíble rapidez las academias, especie de sociedades colectivas para fines literarios, producto especial del suelo italiano, pero que mas han contribuido á rebajar el nivel de la literatura que á elevarla y darle profundo sentido. La lamentable insignificancia de todas aquellas academias, de títulos sonoros y retumbantes, sin exceptuar la Crusca de Florencia ni la Arcadia de Roma, indujo al gran duque Fernando II de Toscana á fundar en 1657 en su capital un asilo para las ciencias y la erudición rigurosas, la *Academia del Cimento* que conforme á su título debía *cimentar* sus investigaciones en la experiencia. Este establecimiento sirvió de modelo á todas las academias de ciencias posteriores, porque la de Londres se fundó en 1660 y la de Paris en 1666; y prueba de su conveniencia, oportunidad y ventajas es que fué imitado hasta fin del siglo en todas las grandes capitales de Occidente.

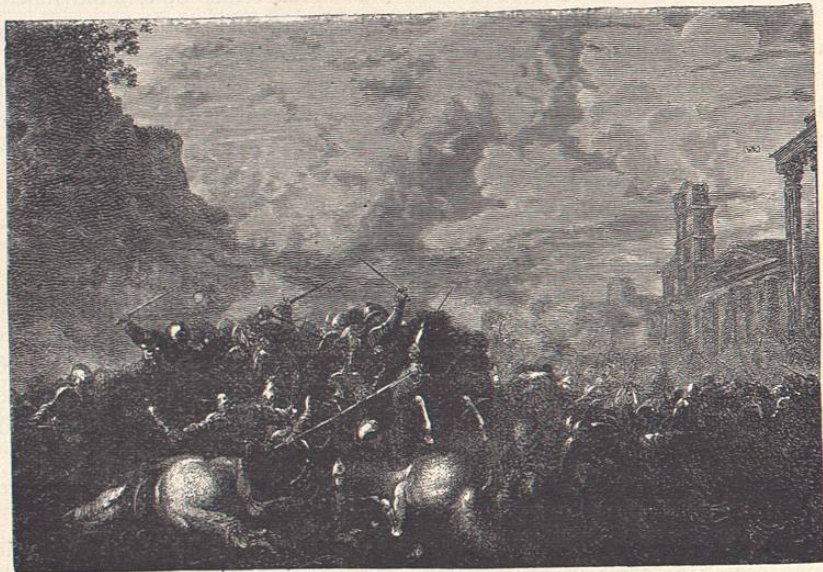
Excluida estaba de este movimiento científico tan vivo la Italia meridional, porque esta parte y la Sicilia gemian bajo el sombrío y pesado despotismo civil y eclesiástico de España, que allí dominaba desde el principio del siglo xvi, y ahogaba todo vuelo intelectual y libre. Los vireyes españoles en Nápoles y Palermo, nombrados solo para corto tiempo, siempre temiendo ser destituidos, no tenían mas idea que aprovechar el poco tiempo de su tiranía para enriquecerse, ó á lo mas mezclarse en empresas políticas y militares para ponerse en buen lugar en su patria en la opinión del rey y de sus ministros. El menor movimiento excitaba su sospecha, ya se rozase con la religión, ya con la política, y toda su ciencia gubernativa se reducía á tener embrutecido intelectual y materialmente al pobre pueblo ahorrado y descontento. En tales condiciones no podían medrar allí ni las ciencias ni la civilización, ni mejorar los establecimientos de enseñanza existentes, que continuaron en el mismo estado tradicional antiguo en que los españoles los hallaron.

En cambio fueron muchos y brillantes los ingenios que se dedicaron á las ciencias y las impulsaron en la Italia central y septentrional. Borelli, bien que hijo de Nápoles, habia recibido su instrucción en Roma y Florencia y enseñó luego en Pisa y en la academia del Cimento del gran duque de Toscana. Sus estudios abarcaban toda la física mecánica y fueron especialmente fecundos para la ciencia del movimiento de los animales, tanto que su obra clásica. *De motu animalium*, publicada un año despues de su muerte, ocurrida en 1679, fué la base de la ciencia de la mecánica del movimiento muscular y tuvo una importancia incalculable para los fisiólogos y médicos.

Entre los discípulos de Galileo ocupa un puesto distinguidísimo Juan Domingo Cassini, que nació en Niza en 1625 y murió en 1712. Era, además de notable filósofo, poeta y hasta teólogo, persona de conocimientos generales y vastos, y en extremo amable. Poco á poco concentró sus eminentes facultades en el estudio de la astronomía. Fué el primero que reconoció en los cometas cuerpos celestes de carácter planetario y de órbita determinada, y que basado en este descubrimiento, hizo las primeras tentativas para calcular las órbitas cometarias. Luego fijó la duración de la revolución de Júpiter, Marte y Venus y hasta de los satélites del primero. Estos últimos trabajos tuvieron un eco tan grande y general en toda Europa, que Luis XIV llamó á su autor en 1669 á Paris, donde adelantó la ciencia astronómica con nuevos descubrimientos, el menor de los cuales fué una nueva investigación de la luz zodiacal que ya antes de Keplero se habia observado. Mas importante fué el descubrimiento de los cuatro satélites de Saturno, y mas todavía su cálculo matemático astronómico de la distancia de la tierra al sol,

cálculo que antes de él nadie había hecho; y tan bien procedió, que el valor que encontró solo difiere en un veintavo en menos del verdadero. Sin temor de equivocarse puede calificarse á Cassini del primer astrónomo de su tiempo despues de Newton; desgraciadamente en los últimos años de su vida se quedó ciego, como su gran maestro Galileo.

Las matemáticas encontraron en el florentino Vicente Viviani, uno de los últimos discípulos de Galileo, un digno representante, que además de sus excelentes trabajos prácticos hidrostáticos y de fortificación en el servicio de los Médicis, publicó varias obras de matemáticas sublimes y de su aplicación á la arquitectura. Luis XIV le concedió también una pensión y le hizo grandes regalos, que le permitieron adquirir una casa, en cuya fachada puso agradecido y aludiendo al segundo nombre del rey de Francia, *Diosdado*, la inscripción de doble sentido *Ædes á Deo data*.



Una batalla. Cuadro de Salvador Rosa

cion. Innumerables son sus investigaciones fisiológicas y anatómicas de los animales inferiores, cada una de las cuales llevó la luz á otros tantos puntos oscuros de la ciencia. Este observador tan positivo, material, meticulosamente exacto y práctico de la naturaleza humana y animal, era, ¡cosa admirable! poeta y sus versos se distinguen por su pureza, armonía y carácter noble y adecuado al objeto, mucho mas como puede suponerse que por la plenitud y vuelo de imágenes. Finalmente era gramático y filólogo escrupuloso, cosa ya mas en armonía con sus demás estudios, pero no menos digna de admiración.

Los hombres que acabamos de citar solo son las eminencias, la flor y nata de un ejército innumerable de pensadores y doctos distinguidísimos que hicieron honor á su patria, suelo clásico y venerando de la civilización antigua al cual alumbraron también en el siglo xvii de que tratamos, con los fulgores resplandecientes de sus investigaciones y demás trabajos científicos, á pesar de no tener ya su país el cetro del mundo. A últimos del mismo siglo la Francia y la Inglaterra le quitaron la preeminencia en el terreno de las ciencias positivas y naturales.

En las artes solo ofrece la Italia de la época de Luis XIV una débil reminiscencia de su grandeza pasada. En la pintura disputábase la preeminencia la escuela imitativa, minuciosa en la ejecución técnica, de los Caracci, y que se enorgullecía entonces de talentos de primer orden como Anibal Caracci,

No cedieron en nada á las ciencias matemáticas las ciencias naturales descriptivas en la Italia de aquella época. Uno de los naturalistas mas ilustres fué Francisco Redi, que nació en Arezzo en 1626 y murió en 1697. Hombre notabilísimo, de conocimientos si cabe mucho mas generales á la par que profundos que su contemporáneo Cassini, y médico de cámara de Fernando II de Toscana, hizo cruda guerra á las teorías incompletas y parciales que entonces dominaban, designando en su lugar la experiencia como el mejor maestro; con lo cual y con sus admirables curas prácticas, adquirió una fama universal. Como naturalista tuvo en primer término el mérito de probar por experimentos la generación de los insectos de huevos como los demás organismos animales, acabando así con la creencia entonces general, en la llamada *generación equívoca* (*generatio æquivoca*) segun la cual nacían los insectos de sustancias orgánicas en putrefac-

el Dominiquino y Guido Reni, y la escuela naturalista, sensual y muy material de Miguel Angel Amerighi, llamado Caravaggio, y cuya influencia sobre la pintura de todos los países fué en aquel siglo casi siempre lamentable. Los centros principales de este arte se habian ido estableciendo poco á poco en los dos extremos de la península, en Nápoles y en la Lombardía. El eslabon que unía á las citadas dos escuelas estaba formado por Juan Francisco Barbieri, llamado Guercino, al principio discípulo de Luis Caracci, el cual debió la seguridad en los perfiles, la hermosura de sus composiciones, la gracia y la dignidad que distinguen y respiran sus cuadros, y á cuyas cualidades eminentes añadió los asombrosos y atrevidos efectos de luz de Caravaggio, efectos que aumentó todavía con mayores contrastes por medio de anchas sombras, y de mezclas de color muy atrevidas y no obstante armoniosas. Lo que en vano se busca en sus lienzos es el ideal, puesto que era ante todo realista; á lo mas se eleva á una poesía idílica. Entre los muchos discípulos de Guercino solo citaremos á Juan Bautista Salvi, llamado Sassoferrato, artista algo limitado, pero amable y agraciado y cuyos innumerables cuadros devotos se caracterizan por la expresión de una piedad íntima que no llega al éxtasis completo.

La escuela de Caravaggio se arraigó especialmente bajo el ardiente cielo de Nápoles, donde su fuerte tendencia realista correspondía perfectamente al carácter del pueblo. Los motivos favoritos de los artistas napolitanos, influidos

además, á causa de las circunstancias políticas de su país, por el arte español, eran las pasiones enérgicas y las escenas terroríficas. Uno de los mas moderados fué Salvador Rosa, que vivió desde 1615 hasta 1675, y á quien también debemos citar entre los poetas. Debió su fama en primera línea á sus paisajes, en los cuales, segun opinion de un historiador moderno del arte, muestra «una preferencia apasionadísima y audaz á las escenas mas imponentes de la naturaleza, á los desiertos y soledades fragosas y horripilantes que realza con figuras siniestras de forajidos; á los elementos desencadenados, el mar, las rompientes, la tempestad, las barrancas peñascosas, escarpadas y sombrías, en todo lo cual es maestro y su pincel vigorosísimo.» Sin embargo no se limitó Rosa á este género; también nos ha dejado cuadros históricos, en los cuales le impide elevarse á gran altura su índole realista, apasionada, pero material. Interesantes son sus batallas por la representación atrevida pero segura de la vida agitada, tumultuosa y constantemente cambiante.

El arte italiano en decadencia sirvió todavía de modelo á los países septentrionales, en las artes plásticas en mayor grado que en la pintura. Para las artes plásticas sirvió de modelo en todos los países, inclusive el suyo, Lorenzo Bernini, que vivió desde 1598 hasta 1680. Hijo de Nápoles y dotado brillantemente por la naturaleza, dejése arrastrar por la corriente general de su época, que habiendo perdido la conciencia y la confianza enérgica en su individualidad, y el punto de apoyo para un ideal puro, buscaba como ebria de imágenes sensuales tan solo efectos escénicos. Esta corriente desviaba la pintura de la senda que conduce á la cumbre del arte, pero en mucho mayor grado impedía á las artes plásticas llegar á esta meta, porque faltas del poderoso auxilio del colorido pictórico, estaban reducidas á buscar todo su efecto en la caracterización de lo sublime, de lo ideal éxtático. La representación de los momentos de gran pasión es enteramente contraria á la verdadera misión de la escultura. En esto está cabalmente el defecto de Bernini que sacrifica el arte verdadero y santo á la destreza mecánica y refinada que poseía sin ninguna duda en altísimo grado y en todos los géneros. El fué quien creó los modelos de todas aquellas innumerables ninfas coquetas que solo aparentan resistirse en los brazos de lascivos raptos, ya se llamen Pluton, ya Júpiter, ya romanos; de aquellas figuras ecuestres tan fanfarronas con sus caballos encabritados y su expresión estúpida; de aquellos ángeles éxtáticos, y de aquellos luchadores patanes y hercúleos, que parecen á punto de mostrar en una barraca de feria al populacho su fuerza levantando con una mano un peso de cinco quintales; en una palabra de todas aquellas figuras antipáticas y sensuales que en confusión desordenada llenaban las calles, plazas, iglesias, palacios, jardines y puentes á fines del siglo xvii y principios del xviii. Para este arte no habia cosa ni idea santa; todo lo profanaba. Bajo su buril se cambiaba el sacrificio del mártir de su fe en horrible convulsión de una dolorosa agonía, el éxtasis religioso en miradita provocativa, y las figuras de mujeres piadosas y castas en las de meretrices de ropaje trasparente. Este arte de escenario, sin corazón, acude á la mas torpe sensualidad para dar vida á sus figuras alegóricas en contra de todos los principios del arte. Cuando Miguel Angel quiso representar la vida contemplativa, creó una Raquel; pero Bernini cuando quiere ensalzar al varon virtuoso representa sobre su tumba la virtud derribando en tierra al vicio, y la religion vapuleando con rayos á la impiedad bajo la figura de Megera, una de las tres furias, y naturalmente tan feísima que el espectador no puede menos de encontrar muy merecido el castigo.

Tal era el artista que dominó su época completamente,

como desde Miguel Angel no ha dominado el mundo artista ninguno; porque también era arquitecto Bernini, y así como llenó de sus estatuas el interior de los edificios de Roma, del mismo modo llenó las calles de sus fachadas, porque dirigió las construcciones durante el reinado nada menos que de seis Papas. La desfiguración barroca, estafalaria de la basilica de San Pedro y las dos «orejas de asno» del Panteon bastan por sí solas para condenarle como arquitecto, pero la decoración del tabernáculo de bronce, tan colosal como horrible, del altar mayor de la iglesia de San Pedro, decoración que parece obra de un demente y que echa á perder la impresión del conjunto de esta fábrica, pone el colmo á sus pecados de artista.

Resumiendo todo el movimiento intelectual de la época de Luis XIV, notamos en todos los ramos descenso, decadencia y degeneración, excepto en las ciencias críticas, en las naturales y en la filosofía; y estas no tardaron en tomar una actitud hostil contra las tendencias políticas y eclesiásticas del gran rey de Francia.

CAPITULO VI

EL DESOTISMO DE LUIS XIV. LAS REUNIONES Y LA ANULACION DEL EDICTO DE NANTES

«La paz de Nimega no pasa de una tregua». Esta era la idea dominante que como angustiada pesadilla inquietaba á toda la Europa; y en efecto para Luis XIV no era mas que una tregua, una etapa, un punto de descanso en su carrera de conquistas. ¿Quién le opondría resistencia? Toda la Europa se habia coligado contra él, y toda la Europa habia sucumbido á impulso de sus armas; nadie se atrevía ya á hacer frente á la Francia. En lugar de la casa de Austria, muy distante ya de los planes y posición del emperador Carlos Quinto, encumbrábase amenazadora la monarquía universal francesa, no porque entrara en los planes de Luis XIV someter directamente la mayor parte de Europa á su cetro, como soñó posteriormente Napoleon I, sino porque ambicionaba hacer evidente para todos los Estados su preponderancia, y obligar á toda la Europa, y con ella á todo el mundo, á someterse á su voluntad como ley suprema y única decisiva. La fortuna fué que aquel hombre no tenia las cualidades ni la vocación necesarias para ser gran capitán, pues de haberlas tenido ya habria visto el mundo en el siglo xvii un Napoleon. Tenia, si, el egoísmo inaudito y la ambición incommensurable de mando, pero le faltaba el genio militar.

Su espíritu malo que le impulsaba continuamente á nuevas empresas injustas y codiciosas haciendo brutal escarnio de todos los derechos y de todas las leyes era Louvois. Este hombre brutal, insolente y soberbio seguía en primera línea su instinto innato y en segundo lugar sabia que halagaba á su amo, tan vano y ambicioso, con sus proyectos.

Apenas estaba firmada la paz de Nimega cuando en la cabeza de Louvois hervían ya dos planes generales con todos sus respectivos accesorios. El primero consistía en afirmar el pié en la península de los Apeninos, arrojar de ella á la primera ocasión favorable á los españoles fuertes en Milan y en Nápoles, y transformar todo el país en una dependencia francesa. El segundo plan tenia por objeto incorporar á la Francia todas las plazas fuertes de alguna consideración en las fronteras orientales y septentrionales, para hacer á su país invencible contra todos los ataques y tener siempre todas las puertas abiertas para atacar impunemente á los demás.

El baluarte natural de la Italia contra un ataque por parte de la Francia eran los Alpes, y la guarda de los Alpes el duque